

Estaba preguntándome cómo acabar con todo esto cuando vi en el periódico un anuncio que me ofrecía la posibilidad de recorrer el país en tren durante un mes y de forma ininterrumpida. Siempre yendo y nunca de camino, pensé después de leerlo, ¿te imaginas? Eso fue ayer, por la noche, y ahora estoy aquí, en el andén, esperando la llegada del tren que me llevará al primero de los pueblos que he de visitar a lo largo de estos días santos con motivo de las tres actuaciones que aplacé en su momento porque no me encontraba bien y que cerré con Víctor, mi agente, tras dejarle claro que no cobraría por ellas y con el consiguiente enfado de Olga, quien expresó claramente su malestar sin apoyarse en ninguna observación hostil ni dramatizarlo mediante ninguna clase de gesto brusco, mueca o quiebro que representaran una distancia repentina. No: mi mujer estaba de una manera antes de que yo marcara el número de Víctor y luego, cuando le dije que acababa de cerrar esas fechas, que era mi trabajo, que se lo debía, pasó a estar de otra manera, eso fue todo, nada más. Esta tarde, camino yo de la puerta y con mi bolsa en la mano, me llamó desde su despacho y me dijo: Tu problema es que siempre estás pensando en otra cosa mientras haces algo o alguien te habla, y esa cosa eres tú. Asentí al oírla, encantado, porque no le faltaba razón, porque me parecía muy bien tener sólo un problema y porque me parecía mejor aún ser por fin una cosa. Los demás viajeros, que

al igual que yo esperan en el andén, se mueven en cuanto el tren entra en la estación, pero las cuatro palomas al borde de las vías permanecen quietas cuando pasa junto a ellas.

* * *

Desde mi asiento, durante este instante que, en lugar de extenderse, parece suplantarse a sí mismo, contemplo la ya casi desvanecida pintura de la fachada de una nave, su azul violentamente degradado y comprendo que al otorgarle cierta ambición plástica al tiempo le estoy dando la razón a mi hermano. Me descubro al borde del llanto cuando veo a una mujer mayor colocando, asentando más bien, la capucha de un hombre, también mayor. Cómo él se deja hacer. Cómo la mujer sonríe mientras se levanta y se dirige en silencio hacia la puerta frente a la que aguarda de pie, recto, aunque con el cuello vuelto hacia ella, su marido. Apoyo mi cabeza en el cristal de la ventana y la dejo ahí. Sé que durante unas horas seré llevado, que nada debo hacer antes de llegar a mi destino final, y eso es todo lo que necesito saber. Al contacto con el cristal experimento una sensación de fortaleza acompañada de un alivio purificador sólo por el hecho de encontrarme unido a algo sólido sobre lo que descargar mi propio peso, la carga que para mí mismo supongo. Una vieja que habla por teléfono tiene en la otra mano un manual para aprender inglés en una semana y al otro lado del pasillo un chico y una chica comparten sus auriculares. Alzo la vista: árboles al borde de las vías y, un poco más arriba, otros árboles separados de los primeros por un trecho ensombrecido de carretera del que sólo alcanzo a ver su comienzo como si en realidad fuese una entrada, o una desembocadura. Absorto en el verde extendido, veo entre la hojarasca más lejana un macizo de flores rojas que, debido a la velocidad decre-

ciente, percibo como algo extrañamente derramado. Quiero estar al otro lado de esta ventana por un instante oscurecida. Ser arrastrado por la pared del túnel que estamos cruzando. Me bajo del tren sin mirar el cielo. Frente a los tornos, saco las llaves en lugar del bono. Apenas me extraño: ¿acaso hay ya para mí diferencia alguna entre el hecho de entrar y el de pasar?

* * *

Nunca antes había estado en este pueblo. Aun así, camino confiado hasta la salida porque Víctor me dijo que un taxi estaría esperándome cuando llegara y los taxis siempre están a la salida. Doy un paso tras otro con la bolsa que me regaló mi mujer por nuestro último aniversario en una mano y el libro que me regaló su hermana por mi cumpleaños en la otra, concentrado en la experiencia de mí mismo, en un acto íntimamente ligado a lo que podríamos llamar mi sentimiento del mundo: sonidos, imágenes, lo demás vivido como algo ajeno y compuesto por una serie de elementos que no podría diferenciar entre ellos. Quizá identificarlos, pero sólo quizá. ¿Un rumor? Algo parecido. Pero tangible. O casi. La puerta de la estación se abre ante mí y yo, como siempre, lo agradezco, extrañado. Miro a mi alrededor: tampoco será este el sitio donde pase el resto de mi vida. Lo sé. Simplemente lo sé. Estas cosas se saben. Es la mía una conclusión sin razonamiento previo. Algo que se da. No algo a lo que se termina llegando. Y, sin embargo, al momento, como quien tropieza con lo que sólo entonces recuerda que estaba ahí, me digo que tal vez sí, que tal vez lo sea. La bolsa pesa; el libro, no. Agradezco ese peso como agradecería cualquier cosa que me mantuviera unido al mundo, o al menos a su superficie. Me ajusto la gorra, otros se pasan la

mano por el pelo o traen hacia ellos a alguien. Y sigo, porque puedo seguir. La verdad es que ya no me sorprende mi ensimismamiento, la mayoría de las veces ni siquiera soy consciente de estar ensimismado. Me sorprende, eso sí, su consecuencia: esta simultaneidad de todo cuanto no soy yo y que no logro vincular conmigo de ninguna manera.

* * *

Debido a la perspectiva, la estación parece ladearse hacia la entrada, como si un peso la venciera, como si todos los destinos anticipados por ella fuesen para quien la contempla otra idea de cobijo. A un costado de la estación no hay nada, como si todo ahí se hubiera caído o estuviese aún por alzarse; al otro costado, una casa, no muy alta, se distingue únicamente de las copas oscuras de los árboles gracias a la luz roja que le da forma de ventana a la ventana de la buhardilla. No se aprecia el final de los postes de la luz, me resulta imposible decidir si los cables los unen o los atraviesan. En fin, cómo llamar a eso que en conjunto no veo. La noche es todo lo que no merece un nombre.

* * *

Me detengo ante el único taxi que hay a la salida y miro hacia los lados.

El taxista baja la ventanilla, me saluda.

Asiento. Me acomodo con dificultad en el asiento trasero.

Con la vista en el retrovisor me dice que lo manda el alcalde, que está puesto ahí por el Ayuntamiento, que lo más parecido que tienen a un chófer es un taxista. Sonríe y me pregunta si prefiero dejar la bolsa en el maletero. Ante mi negativa, vuelve a sonreír y arranca. Al hotel, entonces, dice,

no está lejos. Aquí todo está cerca de todo. Pero hay que saber llegar.

Me vuelvo para contemplar una cabina iluminada por una lámpara que cuelga de su techo y permite ver las cortinas descorridas de una de las ventanas del edificio que hay tras ella. El taxista mira fugazmente en esa misma dirección y dice: Aquí el tiempo sólo afecta a la gente. No se avanza.

Entonces se retrocede.

Supongo. Esto es un pueblo, un pueblo de verdad, aquí tiras una piedra y no la oyes caer. No soporto este coche, es como si no tuviera motor. A mí no me gusta ir así por el mundo, tienes que hacer ruido cuando te mueves, no mucho, pero el suficiente.

¿El suficiente para qué?

Para que los demás sepan que hay alguien ahí.

Me dice su nombre.

Asiento, desvío la mirada del espejo retrovisor y miro a través de la ventanilla. Edificios bajos van quedando atrás.

¿No me lo vas a decir?

¿El qué?

Cómo te llamas.

¿No lo sabes?

Qué más da que lo sepa, deberías habérmelo dicho igualmente. Es una cuestión de educación, no, de educación, no, de respeto, eso es, de respeto. Cuando le dices tu nombre a alguien, le abres la puerta de tu casa.

Suspiro con pesadez y, sin dejar de mirar por la ventanilla, asiento. Bajo el cristal. Cierro los ojos. Los vuelvo a abrir, digo: ¿Qué es eso?

¿El qué?

Lo que suena.

Un recopilatorio, del sello de un colega, a la mayoría no los conozco.